

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón  
Milán, 18 de enero de 2017**

*Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, pp. 185-209.*

- *Monólogo de Judas*
- *E si domani*

*Gloria*

Retomamos la segunda parte del capítulo «El factor humano» titulado «*Implicaciones*». Don Giussani parte de una observación que puede parecer banal, pero que él considera crucial. «Si lo divino escoge lo humano como manera de comunicarse, el hombre que acepta ese método, el cristiano, se convierte en tal cristiano y permanece siéndolo –es decir, es instrumento de lo divino– manteniendo su particular temperamento. Esta afirmación puede parecer una colosal banalidad, pero me veo conducido a ella para indicar el error que consiste no tanto en rechazar esta observación cuanto en la objeción que suele ser su consecuencia» (p. 185). Don Giussani nos advierte de que la cuestión del temperamento puede parecer una banalidad únicamente sobre el papel, porque todos sabemos que después, en la realidad, en muchas ocasiones, dicha cuestión se convierte precisamente en una objeción. Por ello, no basta con repetir que lo humano es el instrumento de lo divino hasta el punto de implicar también el temperamento, porque si después el temperamento se convierte para nosotros en una objeción, entonces ya no es instrumento de comunicación de lo divino: es un obstáculo en lugar de ser un instrumento. Por tanto, es necesario considerar esta objeción en la vida cotidiana para ver cómo afrontar este obstáculo de modo que podamos superarlo. Por eso don Giussani nos dice que en el cristiano «no hay más cera que la que arde» y que «el poder de Dios pasa a través del condicionamiento que supone el tipo humano del que se sirve» (p. 187). Y subraya –fijaos que don Giussani no dice una sola frase (que nosotros, en cambio, damos por descontado muchas veces por su evidencia) sin indicar el paso existencial en el que nos bloqueamos–: «Así que estamos llamados a captar bien este paso» (p. 187). Por tanto, cada uno de nosotros debe hacerse esta pregunta: ¿dónde he captado este paso en el trabajo de esta Escuela de comunidad? ¿Qué he aprendido? ¿Qué camino he hecho?

*Cuando he leído en la página 187 que «la comunicación de Dios está encarnada en el temperamento del hombre. Este constituye una “condición” que Dios acepta y transforma en “instrumento” de su designio, de su plan de salvación», me he dado cuenta de que para Dios el temperamento no solo no es una objeción, sino que es sobre todo un método. Entonces me he acordado de otro libro de don Giussani que había comprado hace algunos años porque me gustaba el título: De un temperamento, un método. En un momento dado, en uno de los encuentros el tema es justamente este capítulo de Por qué la Iglesia, y una persona le plantea a don Giussani una pregunta*

*que también a mí me apremia: «Don Gius, me he dado cuenta de que mi temperamento, durante un periodo de tiempo, ha supuesto una objeción. Ahora, sin embargo, me parece aceptarlo como una condición que me ha sido dada. ¿Es suficiente esto o hace falta algo más, adecuarse a otro temperamento?». Respuesta: «Ante todo, si el Señor se presenta a tu temperamento es como si el Señor se presentase en tu casa, llamase a tu puerta y tú tuvieses tu habitación sucia, llena de ratones, telarañas, escarabajos: te enfadas contigo misma por haber dejado la casa así. Pero si el Señor decide presentarse en tu casa, ¿qué debes hacer? “Señor, perdóname y ayúdame”, y basta». Y después hace esta afirmación capital: «No hay ninguna condición que pueda impedir la búsqueda y la aceptación de Jesús, ni en el sujeto al que Jesús se presenta, ni en la modalidad con la que Cristo se presenta. En el Antiguo Testamento, Dios se sirvió incluso de una burra» (De un temperamento, un método, Encuentro, Madrid 2008, p. 110). En los Ejercicios de la Fraternidad del año pasado, nos recordaste citando a don Giussani que «el milagro de la misericordia es el deseo de cambiar. Y esto implica aceptarse, porque en caso contrario no habría deseo de cambio sino pretensión y presunción, y no se traduciría en petición a Otro, no sería confiarse a Otro» (Crear huellas en la historia del mundo, Encuentro, Madrid 1999, pp. 172-173). Por tanto, aceptar mi temperamento, y de igual modo el de los demás y su libertad, no es un problema en primer lugar psicológico, sino de relación personal y única con el Misterio que me hace. Me parece intuir que esto tiene que ver con lo que nos dice el papa Francisco en la carta del 30 de noviembre citando a san Agustín, porque si no cedo al método de Dios, que acepta y transforma mi temperamento en instrumento de su designio de salvación, ¿cómo puedo ser pobre en Dios?*

Entonces, a propósito de la cita que has hecho, ¿cuál es el primer lugar en donde cada uno debe captar este paso? No el temperamento de los demás en primer lugar, sino el nuestro. Parece una banalidad, pero muchas veces es precisamente esto lo que nos bloquea. Pregunta una persona por correo electrónico: «Pero, ¿por qué mi temperamento debería ser un don?». Porque es algo dado, porque te ha sido dado. Si el Señor decide llamar a la puerta de tu temperamento –como dice Giussani–, no existe sujeto al que Cristo se presente o modalidad con la que Cristo se presente que no pueda ser ocasión para acogerle. No existe condición alguna que pueda impedir esto. ¡Cuántas dificultades nos ahorraríamos si aceptásemos sencillamente la forma con la que el Señor llama a nuestra humanidad! Ningún temperamento puede impedir que Jesús llame a mi puerta, a la puerta del temperamento que me ha dado. Pero como podéis ver, acogerle no es automático.

*Me ha impresionado mucho retomar esta parte de la Escuela de comunidad, y me ha surgido una pregunta mirando lo que sucede en mí, pues me gustaría profundizar en ello. Hay veces en las que tienes en la mente algo que es verdadero porque lo has vivido, porque has hecho experiencia de ello, y que se puede realizar mejor según un acento, un temperamento que descubres en ti. Algunas veces me sucede que hago la experiencia de Giussani cuando dice refiriéndose a su experiencia: «Era mi mismo temperamento, mi mismo tono de voz, el modo en que exponía y afrontaba los problemas, lo que surtía el efecto de iluminar a algunos e irritar a otros». Él llega a esa*

*conclusión libre que me ha sorprendido mucho y que yo deseo: «Por eso he anotado bien recordarme a mí mismo y a los demás el riesgo [...] de olvidar que lo que está en juego es nuestro amor a la verdad» (p. 187). ¿Puedes ayudarnos a comprender mejor este «amor a la verdad»? ¿Qué te sostiene y te permite tener paciencia cuando tu acento para llegar a la verdad, que puedes incluso tener en la cabeza, no se realiza enseguida o a través de la modalidad que tú tenías en la cabeza? Hay momentos en los que lo que intuyes que es verdad puede no ser reconocido enseguida. Yo me doy cuenta de que no soy tan libre como para pensar que van igualmente bien tanto la llama «luminosa» como el «humo» y el «malestar», y que todo pueda servir para Su designio de salvación.*

¿Pero tú estás siempre segura de que la modalidad con la que afrontas la situación o tu modo de comunicar es siempre verdadero y es el único adecuado?

No.

«¡No!». A veces, no siempre, aunque pase a través de un temperamento, la nuestra puede ser la modalidad más adecuada de expresarse. ¡Cuántas veces me ha sucedido que aprendo de la reacción de los demás, que se convierte para mí en una ocasión para aprender algo! Muchas veces, antes de echar la culpa a mi temperamento o a la cerrazón de los demás, pienso: quizá no he sido suficientemente claro o no he encontrado la llave para entrar en la relación con esta persona o con aquella. Antes trataría de ver si la razón del rechazo es una cuestión de temperamento o si el rechazo es algo que se me ofrece para dar un paso, para encontrar un camino más adecuado para comunicar la verdad. En este sentido he aprendido mucho. El segundo punto tiene que ver con el método de Dios, porque aunque comuniqués del modo adecuado, muchas veces, como Dios elige a uno para llegar a los demás, no todos lo reconocen en el mismo momento. Tú puedes haber visto algo que cuesta que “pase” a los demás. Y esto te lleva a pensar que, con toda la paciencia que Dios ha tenido con nosotros, también nosotros podemos tenerla con los demás. Además –tercero–, está todo lo que don Giussani dice más adelante en el capítulo: «La Iglesia ha sido salvada a lo largo de los siglos [...] por todo el que, persiguiendo lo verdadero y lo real, amando el valor y el ideal, no se ha escandalizado por los límites». Y pone el ejemplo de san Francisco: «San Francisco de Asís [...] no se escandaliza por las divisiones y las violencias que sacudían a la Iglesia de su tiempo, por las guerras fratricidas que oponían a los cristianos entre sí, sino que, tocado por Dios después de una frívola juventud, se lanzó a una lucha que no era “contra” nadie [suponiendo que se tenga a alguien en contra]; era “por” Alguien» (p. 198). Lo que puede mantener la tensión es tratar de afirmar algo por Alguien, no contra nadie. Y esta posibilidad existe siempre. Por ello, «dejarse obstaculizar por los errores propios o de los demás es un gran engaño». De hecho, para don Giussani «el compromiso personal, que no excluye una actitud crítica pero no se queda en ella, es un problema de moralidad elemental» (p. 199). E invita a imaginar a «una mujer casada que tiene un hijo pequeño. [...] Un día el niño se pone enfermo [...]. Finalmente llega el marido y le puede pedir ayuda. Pero él [...] está cansado, ha trabajado todo el día. Así que se sienta a leer el periódico [...]. ¿Cuál será la reacción de la madre? ¿Se dirá quizá: “Bien, si para él no es importante tampoco yo me voy a preocupar”? O, más bien, ¿no se pondrá a actuar, sin dejarse frenar por la pereza del marido?» (p. 200). Es como si todo esto

pusiese en movimiento un camino humano, humanísimo, que nos llama a la verdad: ¿renunciaría yo acaso a afirmar la verdad porque el otro no la entiende? En ese momento, también nosotros debemos decidir y preguntarnos: ¿por qué hago lo que hago? ¿Para que los demás lo acojan o por mi pasión por la verdad, aunque estuviese yo solo? Como decía don Giussani, si me hubiese quedado solo, habría empezado desde el principio. Aunque esté solo en mi trabajo, aunque esté solo en mi ambiente, aunque esté solo en la familia o en cualquier sitio, el amor a la verdad, el hacerlo “por” Alguien, puede darme la razón suficiente para no tirar la toalla antes incluso de empezar. Se trata de una gran lucha: «El hecho cristiano, con su realidad y potencia paradójicas, hace que emerja el verdadero deseo del hombre» (p. 200), ¡el mío, no el de la otra persona!

Un segundo grupo de intervenciones hace referencia a la preciosa metáfora del oro en el fango (p. 188).

*Sí. Leyendo este texto, me golpeaba continuamente esta metáfora del oro. En un momento dado, me pregunté qué era para mí el oro y cómo estaba presente en mi vida. Me ofusqué enseguida, aunque en el fondo sabía que tenía el deseo de entender. Por eso te digo con franqueza que a mí me parece siempre que el oro, es decir, el reconocimiento de Cristo que me alcanza, es para mí una cuestión de momentos más o menos fugaces. Es como en esos videojuegos (los únicos a los que he jugado), en los que tú eres el hombrecillo que corre por un camino marcado y de vez en cuando, saltando, consigue hacerse con un bonus que te da más velocidad, y que a lo mejor te hace ser más rápido por algún segundo. Pues eso, a mí me parece que el reconocimiento de Cristo en mi vida es así. Yo no sé si es un problema de temperamento. Quizá sí. A veces Cristo está, a veces no está, entonces todo se precipita en el abismo. Como el interruptor de la luz: encendido, apagado. Aunque sea un problema de temperamento, la cuestión que me inquieta permanece, porque yo no deseo vivir así siempre. Me tortura ese lapso de tiempo que transcurre entre mi abismo, en el que me parece que estoy sola, y el momento de la iniciativa de Dios que me alcanza, porque ese espacio es un pozo sin fondo, siento que me falta la tierra bajo los pies. Diría que es algo humano, creo que es una experiencia común a todos. Pero no me basta con decir esto. ¿Vives tú alguna vez momentos en los que te falta la tierra bajo los pies? También tú vivirás algún momento bajo, me imagino. Sin embargo, no me parece que seas presa del abismo, que estés impaciente en la silla. Enardecido sí te he visto muchas veces, pero nunca con el rostro traspasado por una angustia ansiosa, con la sombra de la nada en los ojos. ¿Por qué?*

En tu opinión, ¿a qué se debe? Esto –¿lo ves?– es el paso que tenemos que captar. Como pasa a través de lo humano, si cuando pasa a través de lo humano... ¿Te ha llegado a ti a través de lo humano?

*Sí.*

Si cuando pasa a través de lo humano nosotros no captamos aquello que pasa a través de lo humano, luego parece que, como tú dices, se enciende y se apaga, se enciende y se apaga. Pero, ¿qué es lo que pasa a través de lo humano? ¿Lo que pasa a través de lo

humano es algo que se enciende y se apaga? ¿Qué es lo que nos libera de ser presa del abismo?

*A propósito de darse cuenta de lo que sucede, de darse cuenta de uno mismo, de caer en la cuenta de Cristo presente en la realidad que hunde en cada instante sus raíces en el Misterio, me parece que el problema es el de un juicio. Pero mi reacción, incluso meditada –no estoy hablando de puro instinto de reacción–, corresponde inevitablemente a un juicio que me parece que es solo medida, y su efecto al final es el de deprimirme y de ponerme otra vez en el centro a mí misma, y yo nunca estoy a la altura. Recuerdo que una vez fui a confesarme, y un viejo sacerdote me dijo que no hay que juzgar, ni siquiera a uno mismo (como dice san Pablo en la primera Carta a los Corintios). Por otra parte me doy cuenta en cambio de que existe un juicio, es decir una conciencia de la realidad, que libera; es más, a veces intuyo, cuando te escucho, que la misericordia más grande es estar hechos de forma tan objetiva que no podemos dejar de estar mal si una cosa no nos corresponde. ¿Qué diferencia hay entre estas dos formas de juicio? ¿Qué me ayuda a quedarme con el juicio que me hace protagonista, vencedora? Gracias de verdad por todo.*

En tu opinión, ¿cuál es la diferencia entre estas dos formas? En el primer caso, tú estás en el centro y esto te deprime. Es obvio. En el segundo caso, en cambio, captas el fondo de la realidad y esta conciencia te libera. Y esto, ¿«se enciende y se apaga» o está siempre? ¿Por qué está siempre? ¡Porque estás tú, porque está la realidad! Lo que nos hace vivir en el abismo es esta falta de juicio, porque –fijaos que esto puede parecernos una banalidad–, al no captar lo divino cuando se muestra en lo humano que sale nuestro encuentro, entonces pensamos que es igual a todo lo demás; por eso, cuando se apaga el efecto sentimental, nos parece que todo ha terminado. Su presencia se apaga solo cuando lo identificamos con nuestro sentimiento. En cambio, ¿en qué nos introduce constantemente Giussani? En el hecho de que la correspondencia es sinónimo de lo divino, es decir, no de algo que se enciende y se apaga, se enciende y se apaga, se enciende y se apaga; ¡sino de algo que está! Si no fuera así, nosotros no podríamos dar razón adecuada de esa «diferencia» que se manifiesta a través de lo humano. Por eso, si el juicio no es sobre Él y sobre lo que se muestra en la realidad, sino sobre nosotros mismos, entonces esto no nos libera. ¡Nos conviene aprender esto, amigos, nos conviene! Dios no es como pensamos nosotros, es decir, algo que se enciende y se apaga. ¡No es así! Lo divino es lo único que explica cada una de las cosas que nos contamos cada vez que nos vemos, hemos de admitirlo, porque sin la presencia de lo divino no podríamos decir nada de todo lo que decimos, no podríamos ni soñarlo, ni siquiera se nos pasaría por la cabeza. Pero como esto no lo captamos, entonces es como si un segundo después hubiera terminado, y cuando volvemos a casa, quizá incluso esta misma noche, nos vemos sumidos en el abismo. Necesitamos profundizar en este paso de la Escuela de comunidad –«Por medio de lo humano»– para captar qué hay en todo lo que sucede. Y cuando nos parece que Su presencia se apaga, tenemos que desafiarnos: ¿se ha apagado lo divino o se trata de una ocasión para que yo pueda reconocerlo? Cuando paso a través del fango, ¿quiere decir que no existe el oro o que todavía no he llegado a reconocer el oro? Si uno no hace este trabajo, entonces termina

de verdad en el abismo. Y por eso el «sí» de Pedro nos da de nuevo la clave. ¿Por qué? Porque si Pedro se mira a sí mismo, si se pone en el centro, es normal –como tú dices– que se deprima: después de haber negado a Jesús, pensará que le van a echar la bronca. En cambio, si en el centro está la Presencia que le abraza –«¿me amas?»–, entonces esto le libera. Como dice Giussani, es una conversión desde mi persona a Otro que me dice: «¿Me amas?». Por eso vemos siempre en la Biblia que, a través de los hechos que han visto, los que pertenecen al pueblo de Israel llegan a esta claridad de juicio: «¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré» (Is 49,15). ¿Se trata solo de una broma, es una afirmación sin sentido, o es la única forma para explicar todo lo que han visto sus ojos? Se trata de una decisión de la libertad: acogerlo o rechazarlo. Como escribe una amiga nuestra que está lejos y que no podido venir, a propósito de una situación especialmente desafiante: «Para mí resulta cada vez más claro, también por las circunstancias en las que me encuentro, que para vivir y descubrir para qué he sido hecha no se necesita ningún aparato, estructura o club al que pertenecer, sino estar en la realidad, porque nada puede impedir que tú te des cuenta de lo que sucede ante ti y que te dejes aferrar de nuevo por Quien te está haciendo en ese instante [parecería que no hubiese necesidad de un lugar y que bastase la realidad]. Y sin embargo, este descubrimiento me ha hecho estar todavía más deseosa de seguirte y de seguir al centro del movimiento [porque es ahí donde soy educado constantemente en este reconocimiento, porque es una historia particular lo que me introduce en este reconocimiento de la realidad; lo puedo reconocer incluso en la otra parte del mundo, pero debo ser educado en esto constantemente]. Yo pido para mí y para mis amigos esta pobreza de espíritu, para que estemos continuamente disponibles a un verdadero seguimiento, pues lo veo ante todo para mí como la única posibilidad de un conocimiento cada vez más profundo y seguro de Aquel que he encontrado y al que pertenezco. Te estoy agradecida por este deseo que ha nacido en mi corazón, pues no puede ser sino el fruto del trabajo que estamos haciendo». Como podéis ver, para llegar a encontrar el oro en el fango es necesario atravesar el fango, ensuciarse las manos.

*Quería contarte lo que sucedió el sábado por la noche, porque me ha permitido comprender a qué te refieres cuando hablas de mirar más el oro que el fango y el hecho de que lo divino elige lo humano como medio para comunicarse. Estaba cenando con algunos amigos. Era una cena en la que tenía puestas muchas expectativas. Pero luego, una vez que estaba allí, me costaba mucho estar con ellos, porque me parecía que nuestro modo de mirarnos era demasiado poco con respecto a todo lo que yo deseaba. En un momento dado me puse a hablar con uno y me quejé de esto. Le miré a la cara y me di cuenta de que estaba triste como yo, mientras que los demás tenían cara de estar muy contentos. Empujado un poco por la envidia –era una envidia en parte buena, pero también estaba enfadado–, fui donde estaba la amiga que nos había invitado y le dije bruscamente: «Me está costando mucho estar aquí», y casi la acusé, a ella y a los demás, de no ser suficiente.*

¡Atención! ¡Lo primero que hacemos es lanzar nuestro malestar contra los demás!

*Lo primero que sucedió, que me descolocó, fue que los demás reaccionaron valorando lo que había dicho, reconociendo que podía haber una forma más bonita de estar juntos, pero contándome también por qué razón, en su opinión, para algunos en especial, había valido la pena estar allí esa noche. Y me impresionó mucho una, que además yo no conocía, que dijo que una de las razones por las que en su opinión había valido la pena estar ahí había sido justamente que yo planteara ese problema, el malestar que yo sentía. Al ver cómo me tomaban en serio, ya fuera reconociendo el valor de lo que yo decía o subrayando el error que estaba cometiendo y proponiéndome un trabajo, es decir, mirar todo lo que había, me di cuenta justamente de qué quiere decir ese buscar el oro. Lo describiría como entrar en la realidad con un prejuicio positivo, es decir, un deseo lleno de espera, porque la circunstancia, como me sucedió aquella noche, revela lo que deseo y es por tanto la ocasión para encontrar la respuesta. Porque si no tengo en la cabeza qué es lo que deseo, ¿cómo puedo interceptar lo que responde a ese deseo? Me ha impresionado que –como decíamos antes– lo divino se comunica a través de lo humano, porque es evidente que Dios elige incluso nuestros límites para mostrarse. De hecho, al final de la noche estaba contentísimo por todo lo que había sucedido, pero para que sucediese habían hecho falta los límites de los demás y mi dificultad (es decir, incluso mi posición polémica frente a ellos). Fue necesario un paso de mi libertad para reconocer qué es lo que más deseo, pero también mi modo polémico de plantear la cuestión fue un instrumento, hasta el punto de que me dieron las gracias por la cuestión que había planteado. Y me impresiona que yo no me sintiera justificado por el error que había cometido, más aún, el dolor crece más, pero al mismo tiempo no estoy condenado a causa de mi error.*

¿Lo veis? Esto no es algo mecánico como pensamos muchas veces. Es dramático. Hay que jugársela por entero. Es un ejemplo de lo que recordaba al principio: «Estamos llamados a captar bien este paso», es decir, que «el poder de Dios pasa a través del condicionamiento que supone el tipo humano del que se sirve» (p. 187), como tus amigos. Pero si uno llega a la cena y se bloquea, si no acepta dar ese paso, volverá a casa quejándose porque los demás no han estado a la altura a la que él se había imaginado que tenían que estar para ser testigos. Pero ha sido este trabajo, esta implicación suya la que ha desbloqueado la noche: «Es terrible pensar, en cambio, cuán fácilmente se ve al hombre distanciado del problema de su destino [y me puedo conformar con pasar la noche más o menos bien, separándome de mi deseo de felicidad, del problema de mi destino], hasta el punto de que renunciaría al oro por causa del fango que lo acompaña [no percibiremos el alcance de estas frases haciendo una meditación en abstracto, sino sorprendiéndolas en acción en una experiencia como la que acaban de contar] [...] [porque] el problema es de juicio: no se ve que lo que está en juego es el oro de la vida» (p. 188). Por eso, uno como tú no se bloquea, no se deja bloquear. Esta es la oportunidad que tiene cada uno: o quejarse de todo lo que los demás no hacen o habrían tenido que hacer, o involucrarse, implicarse para descubrir el oro que hay (en aquella cena, por ejemplo). No es que aparezca y desaparezca, ¡sino que está! Pero es necesario mancharse las manos para reconocerlo. Y esto implica la libertad.

*Me ha impresionado mucho la parte de la Escuela de comunidad sobre la libertad, en especial por algunas cosas que han sucedido últimamente, porque a menudo me doy cuenta de que suceden hechos que me corresponden, incluso bonitos, y sin embargo experimento en mí mucha resistencia, incluso frente a la correspondencia que he vivido. Y por eso me voy a casa triste, es como si nada me pudiese contentar, aunque sucedan muchas cosas. Por eso me pregunto cuál es, si existe, el camino que puede educar esta libertad, porque percibo que me pierdo todo si sigo empeñándome en la idea que tengo yo de las cosas.*

¿Lo veis? Aunque lo sepamos, esto no es suficiente; la experiencia es lo único que nos convencerá para no resistirnos, para descubrir por qué no nos conviene resistirnos. Por eso es muy pertinente la pregunta que haces: ¿cómo educarse en esto? Giussani nos lo ha recordado en un capítulo de *El sentido religioso* que insiste justamente en este punto: en qué consiste la educación en la libertad. Esta educación implica tres cosas. La primera: «Una educación en la *atención*», en los hechos que te suceden, porque «la atención no es fácil; no es automático para nuestra libertad, incluso cuando está comprometida, prestar atención». Es la primera cuestión, que a nosotros puede parecernos una banalidad: incluso reconociendo los hechos, a veces no prestamos atención a todo lo que ellos implican, y por tanto no somos capaces de superar la primera resistencia a captar todo su alcance. Por eso nos cuesta tanto. Me asombra, como les decía a los universitarios, que el hijo pródigo quisiera irse de casa porque pensaba que se ahogaba. ¿Qué le sucedió para que, en un momento dado, después de la experiencia que vivió, el camino de la vida que recorrió, le entraran unas ganas locas de volver a su casa? Todo el problema de la vida es aprender esto, como tú dices: no solamente no resistirse, sino darse cuenta verdaderamente de qué es lo que vale en la vida. Y esto es ante todo un problema de atención. Como dice literalmente el Evangelio, el hijo pródigo «recapacitó», dándose cuenta de su propio deseo. Segunda implicación: una «capacidad de aceptación», porque «tampoco es algo automático aceptar una propuesta en su integridad»; es decir, aceptar las cosas, porque nos educan para abrazar la realidad tal como se nos da. Tercero: «adoptar la postura justa ante la realidad». Y «¿cuál es esa postura justa ante la realidad? Permanecer en la actitud original con la que nos forma la naturaleza» (*El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 181-183), es decir, la hipótesis positiva de la que se hablaba antes. Debemos entrar en la realidad que no conocemos completamente, como en cambio nos creemos muchas veces. Nuestro amigo tenía una espera positiva con respecto a la cena, y cuando algo empezó a no cuadrar se implicó y planteó la cuestión de su malestar. Solo a quien se compromete con esta positividad se le puede desvelar la realidad. Si nosotros nos educamos en partir de las cosas respondiendo a la provocación de la realidad, poco a poco veremos que esta actitud crece en nosotros y que no partimos siempre de cero. ¡Espero que siempre suceda así! Cuando entramos en la realidad con esta actitud, todo es distinto, como dice una amiga que no ha podido venir: «Me encuentro en un momento especialmente delicado en el trabajo, con el riesgo de perderlo, y esto ha hecho que surja en mí la rabia. Pero me he dado cuenta enseguida de que la rabia no me iba a llevar a ningún sitio [uno pierde cada vez menos tiempo evitando las reacciones de rabia, y entonces empieza a salir a la luz en la experiencia lo que dice Giussani]. En esa situación



especialmente provocadora del trabajo lo que está en juego es algo distinto de la búsqueda afanosa e inconcluyente de una vía de salida: lo que está en juego es mi persona y mi fe». El hombre se distancia fácilmente del problema de su destino: por un lado, el problema del trabajo, por otro, el problema del destino. ¡No! Si uno se da cuenta de que en este desafío no está en juego simplemente un aspecto de la vida, sino el modo con el que uno se pone delante de la realidad, como dice don Giussani, entonces empieza a intuir qué es el amor a la verdad, qué es el amor al oro. Prosigue la carta: «El simple hecho de ponerme en esta posición [solo con cambiar de actitud, sin esperar a que cambie la circunstancia, solo con cambiar mi actitud, asumiendo la posición más verdadera, no la más fácil o la más aparentemente “natural”] ha hecho que cambie todo. He descubierto la diferencia abismal entre entrar en las circunstancias difíciles llena de mí misma, de mi propia medida, de mis propios razonamientos, de mis propias ideas, o entrar en ellas llena de la petición de Su presencia. Todo ha cambiado. Me he descubierto preocupada pero no aplastada, cansada pero no desorientada, exhausta pero cierta e incluso contenta. La conmoción ha llegado a su punto máximo cuando he leído en la carta que te ha enviado el papa Francisco: “Esta pobreza es necesaria porque describe lo que de verdad tenemos en el corazón: la necesidad de Él. [...] En un mundo roto por la lógica del beneficio”. Me he sobresaltado, parecía escrito a propósito para mí». Es necesario dejar que la carta del Papa nos hable así, no a través de una explicación, sino a través de este sobresalto, porque solo así la comprenderemos sin reducirla. El hombre, insiste Giussani en este capítulo de *Por qué la Iglesia*, es cristiano con toda su libertad. Podemos aceptar los desafíos que estamos viendo, implicarnos de un cierto modo, o permanecer bloqueados, porque el mensaje cristiano está ligado a la seriedad y a la capacidad moral del hombre, no a mi capacidad de coherencia, sino a la de ir detrás de la exigencia de mi corazón, de la exigencia de significado, de la exigencia de felicidad, de ser yo hasta el fondo, de buscar el oro más que cualquier otra cosa. Y cuando un hombre se adhiere con esta libertad, entonces se convierte en un instrumento de lo divino que desafía cualquier medida humana.

*Con respecto a lo que decías ahora, quería contarte un episodio que me ha sucedido en el trabajo, en donde he podido ver perfectamente que la gente que nos rodea se da cuenta de esa excepcionalidad que hay dentro de nosotros. Soy enfermera, trabajo en una planta de oncología junto a otra compañera del movimiento. Nuestro jefe es un hombre muy inteligente que se declara ateo de forma convencida y que, a pesar de esto y sabiendo perfectamente que nosotras somos del movimiento, nos mira con un aprecio y con una mirada impresionantes. No pierde la ocasión para decir que no existe aquello en lo que creemos; sin embargo, a la vez que esto, no pierde tampoco la ocasión para preguntarnos nuestra opinión sobre las cosas. Hace algunas semanas el jefe salió de la habitación de una paciente terminal después de haberla visitado, y entró en la enfermería donde estábamos esta compañera y yo, y empezó enseguida a desafiarnos diciéndonos que el Paraíso no existe, que la paciente terminaría en la nada en poco tiempo y que nosotros somos unas ilusas por creer en ello; empezó a desafiarnos dialécticamente. Las dos aprovechamos la ocasión y empezamos a responderle con discursos; discursos justos, decíamos cosas justas, pero fue impresionante ver que el*

*jefe, que es mucho mejor que nosotros en dialéctica, estaba casi divertido porque nos rebatía todo...*

¡Os fundió prácticamente!

*Exacto.*

Era solo el primer round.

*Sí, sí. Se veía que esperaba nuestro juicio, pero no conseguía captar...*

Os estaba provocando.

*Sí, pero no percibía nada interesante en lo que estábamos diciendo, le resbalaban nuestros discursos. Después sucedió que, mientras estábamos allí, sonó el teléfono. Era un compañero de otra planta que necesitaba algo. Mi compañera contestó. El jefe se sobresaltó al escucharla hablar; me agarró del brazo y me dijo como fastidiado: «Pero, ¿por qué es tan amable esta? Tiene algo dentro que no consigo explicarme, que siempre me deja inquieto».*

Repite la frase que te dijo.

*«Pero, ¿por qué es tan amable esta? Tiene algo dentro que no consigo explicarme, que siempre me deja inquieto». Me impresionó que estuviera inquieto por ese algo que no comprendía.*

Esto es lo que hace saltar todas las medidas. Esto es lo que hay que explicar, amigos. Es esto: lo divino que pasa a través de lo humano. No es que «se encienda y se apague». ¡No! Este algo, que pasa a través de un momento, que hace que se sobresalte, es lo que es necesario explicar. Sin esto estamos siempre al borde del abismo. Pero la cuestión no es cuando estás al borde del abismo, sino cuando no captas lo que otro capta, es decir, este «algo» más allá de la amabilidad. ¿Qué es este algo más allá de la amabilidad?

*Me ha sorprendido también ver cómo somos dualistas delante de lo que sucede. Yo estoy convencida de que la gente no necesita discursos, sino que necesita una presencia. Estoy convencidísima de ello, pero me ha impresionado que, nada más empezar a provocarnos, yo le propusiera en primer lugar un discurso, esto es lo primero que se me ocurrió hacer. Pero lo que me ha impresionado después es que –lo he visto en cómo se ha movido mi amiga– nosotros estamos tan en relación con Cristo que en los momentos normales, por nuestra forma de movernos, somos signo de otra cosa, y no nos damos cuenta. Lo pensé y me dije: me he empeñado en explicar y Cristo no estaba; pero mi compañera respondió al teléfono, y el jefe se movió, se inquietó. Al ver cómo se había quedado descolocado, me acordaba de la frase que dices siempre: «Al hombre Jesús de Nazaret [...] a este hombre no le veían hacer un solo gesto sin que su forma demostrase la conciencia que tenía, la conciencia del Padre» (L. Giussani, «Un hombre nuevo», en Huellas, n. 3/1999). El paso nuevo que yo he vivido es que esto es algo liberador; es decir, es liberador que las personas se queden impresionadas por nuestro modo de vivir que testimonia nuestra pertenencia a Cristo, porque en ese punto corresponde a su libertad dar el paso siguiente. Ver a un hombre tan convencido de ser ateo y ver nacer en él una pregunta como aquella, una pregunta sencilla («¿Qué es lo que hay más allá de esta amabilidad?»), me ha cuestionado mucho mi forma de vivir. Me he preguntado: pero tú, Cristo, ¿eres hasta tal punto todo para mí que, por mi forma de responder al teléfono, el corazón de un hombre puede conmoverse? Creo que la respuesta a esta pregunta es la mayor compañía que podemos hacer a la gente. Es*

*decir: la pertenencia a lo que nos ha sucedido es la única compañía que podemos hacer a la gente.*

Sea cual sea la posición que el otro tiene, porque nada puede impedirle a un hombre sobresaltarse delante de una amabilidad que encierra «algo». Este algo más allá de la amabilidad: esto es lo humano que se convierte en instrumento de la comunicación de lo divino. Es un camino humano apasionante que nos invita constantemente, que nos llama sin descanso a no quedarnos en el impacto sentimental y a buscar el oro más allá del fango.

*Frente a un hecho conmovedor, plantearse la pregunta: «¿De dónde nace? ¿Quién me lo está regalando?», y por tanto dejarse sorprender por Su presencia que lo hace suceder, es un método de conocimiento y de nutrirse uno mismo que nos permite poseer el presente y, a través de la historia particular de ese presente, supera los límites del tiempo y del espacio. Porque yo siempre –sucede siempre, ha sucedido setenta veces y setenta veces siete volverá a suceder– me quedo en el impacto sentimental, que luego se esfuma bajo los golpes del día a día.*

Atención, lo que se esfuma es el impacto sentimental, no Cristo que nos hace sobresaltarnos constantemente.

*Y por tanto, en la boca y en el alma queda siempre este sabor un poco rancio de algo que ha muerto, que tú crees que has perdido para siempre. Así nos parece por lo menos a nosotros, hombres modernos, que nos concebimos reducidos. Pero no es así, porque encontrarse en el corazón el don incómodo y ardiente de la pregunta, dejarla explotar, dejar que el corazón deje de endurecerse y dejar que sufra, lo abre a la posibilidad de ser llenado por Su presencia. Porque cuando yo perdono, siento por fin que arde nuevamente el corazón, como sucedió en el tiempo de nuestro primer amor, y esto me hace vivir Su presencia ahora y lo reconquista todo, porque hace que resucite todo lo que había perdido incluso en el pasado, lo da nuevamente y lo resucita. De hecho, esto ha nacido porque he visto que no habría sido posible de otro modo que yo me conmoviese por una pequeñísima fiesta de Navidad veintitrés días después de que sucediera, al leer la Escuela de comunidad y hacer memoria de ella. Durante esa fiesta había sacado fotos al coro, un montón de fotos, pero no me había conmovido.*

No es suficiente estar como esos turistas que sacan fotos pero no se conmueven.

*Los límites del tiempo quedan de algún modo eliminados, vencidos. Y también los límites del espacio, porque se ve por las personas a las que tú llamas a intervenir aquí en la Escuela de comunidad o que citas, que están literalmente tomadas de todos los rincones del mundo. Esta pregunta deja que el corazón se vea atraído por lo que tú estás diciendo. Hacer el trabajo de seguirte (porque está ligado al recorrido de estas dos últimas Escuelas de comunidad) hace de la fe algo apasionante, hace que la vida esté viva y el corazón herido; mi límite no le detiene, y Él se inventa de todo para aferrarme de nuevo, para tomarme, me busca a mí, que casi nunca le busco día y noche, porque me pierdo en la galaxia de mis intereses –cuando lo dices, yo me siento muy aludido–. Sin embargo, Él vuelve a buscarme. Entonces me he podido dar cuenta de que, aunque yo no le busque, es Cristo quien me busca. No hay nada tan bonito como este dolor y esta gratitud, nada es comparable con esto, porque es la fuerza que*

*te viene de darte cuenta de que eres amado sin condiciones por Él, que vuelve y vuelve siempre. «¡Ven, Señor Jesús!». Por fin lo he dicho. Y esto es lo que ha jalonado mi camino detrás de ti. No te escondo que, aunque tu propuesta es cristalina, a menudo rayando en la dureza, y por eso no salgo nunca de ningún encuentro contigo en que no haya recibido algún palo, tengo la impresión de que con frecuencia esta pregunta se aplica entre nosotros como el enésimo esfuerzo de nuestro corazón, que debe ser capaz de esperar, sin ceder al hecho de que nuestra primera, única y posible actividad es, como describió fantásticamente Giussani, la “pasividad” de nuestra necesidad, de nuestra nada que necesita del Tú y no pueda hacer nada más que reconocerle. Por eso a veces percibes esta actitud que no es el calor de una amistad, sino el hielo de un control: «¿Has ido a la Escuela de comunidad?», «¿has pagado el fondo común?, etc., que son todas cosas útiles, pero que así no son bonitas y se convierten por desgracia en una maldición. Y casi nunca me encuentro con nadie que quiera estar dentro del dolor de mi necesidad, ayudándome a vivir, a hacerme consciente de nuestra hambre y sed de Él. Pero tú estás. Solo en el camino contigo puedo afrontar esto según una perspectiva justa. Por eso, gracias porque no me dejas, porque tú no abandonas y por eso no nos abandonas. Hace algún tiempo me dieron ganas –frente al continuo y fastidioso martilleo de aquellos que se oponen a ti con signos fuertes, y que a menudo no están buscando la verdad, sino solo su propio reconocimiento– de escribirte para decirte que estaba contigo. Pero me resultan un poco más fastidiosos los que te dan siempre la razón, como si fuese siempre normal y banal ir detrás de ti, como si fuese algo fácil, business as usual. Hoy, sin embargo, a lo largo del camino que nos haces realizar detrás de Giussani y del Papa a través del carisma, solo quiero darte las gracias porque estás conmigo, porque he visto que tú, como Jesús, estarías conmigo aunque yo estuviese contra ti. Por ello, gracias y buen camino.*

Este es el camino apasionante de la vida.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 22 de febrero a las 21 horas.

Comenzamos un nuevo capítulo: «Una misión de la Iglesia con el hombre terrenal». Trabajaremos los cinco primeros puntos, desde la página 210 a la 221.

Ninguna intervención ha retomado la última parte del capítulo anterior «A través del ambiente y el momento histórico cultural»: «El cristianismo no está en el mundo para dejar sin sentido la dinámica de la evolución histórica, sino para comunicar aquellos valores [...] salvados los cuales cualquier evolución tiene instrumentos aptos para llegar a ser útil como expresión del hombre»; esto es justamente lo que nos ha costado tanto este año. Que el comienzo de la lucha contra la esclavitud haya sido escribir una carta, como la que escribió san Pablo a Filemón, es un gran desafío. Giussani ofrece otros ejemplos para mostrar que «el valor que aporta el cristianismo es algo que afecta al hombre en cuanto hombre y en cualquier circunstancia» (p. 203). Y eso significa que «la Iglesia no se propone ciertamente vaciar de contenido lo que la evolución histórica introduce en la marcha de los asuntos humanos: la fe incide y determina la personalidad del sujeto que [...] usará los medios que sus dotes personales y los condicionamientos históricos le sugieran» (pp. 206-207). Por ello os pido que retoméis las páginas 202 a

209, captando el nexos con el capítulo siguiente. Don Giussani añade: «No es fácil aceptarlo [ni siquiera para nosotros], pero el anuncio cristiano se propone de este modo». «Dios hecho hombre se comunicó “dentro” de una realidad humana, dentro de una precisa limitación histórico-cultural» (p. 207); este es el método de Dios, dice don Giussani. Si nosotros no entendemos esto, nos bloqueamos en discusiones inútiles, porque el problema no es quién gana en la discusión, sino quién toma en consideración todos los factores que están en juego. De este modo podremos entender mucho mejor cuál es la misión de la Iglesia con respecto al hombre.

Esta noche hemos oído citar la carta del papa Francisco. Me han llegado algunas peticiones de explicación. Yo no quiero explicarla, habría podido hacerlo ya en la primera carta que os he escrito al enviaros el texto del Papa. No quiero reescribir la carta que el Papa nos ha mandado, y por eso no he dicho nada sobre su contenido. Tenemos que darnos el tiempo necesario para que los hechos de la experiencia que vivimos nos permitan comprenderla. Luego ya encontraremos el modo de recapitular la experiencia que hemos hecho. Dejemos que crezca delante de nuestros ojos, de modo que la experiencia nos ayude a captar cada vez más el alcance de la carta del Papa.

El libro del mes para febrero-marzo será la novela de Louis de Wohl *La lanza*. La novela narra la historia del centurión romano que traspasó con su lanza el costado de Jesús en la cruz. Es la historia de personas corrientes, cada una con sus propios dolores, religiones y escepticismos, que en un momento dado (podíamos ser incluso nosotros), por casualidad, se topan con Jesús, quizá solo con alguna palabra suya o algún milagro contado por otros, o bien como cuando Longinos se halla, lanza en mano, a los pies de la cruz.

Os invito a participar como voluntarios en la Jornada de recogida de medicamentos que tendrá lugar en toda Italia el sábado 11 de febrero. En las farmacias que se adhieren a la iniciativa y que exponen el distintivo será posible adquirir una o más medicinas que serán donadas para la asistencia de muchísimos pobres que no pueden permitirse los tratamientos. Los pobres asistidos por el Banco Farmacéutico son más de catorce mil. Se necesitan muchos voluntarios para la Jornada de recogida. Podéis encontrar toda la información al respecto en la página web del Banco Farmacéutico: [www.bancofarmaceutico.org](http://www.bancofarmaceutico.org)

*Veni Sancte Spiritus*